

**DOMINGO V DE CUARESMA (A)**  
**Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat**  
**9 de marzo de 2008**  
**Ez 37, 12-14; Rom 8, 8-11; Jn11, 1-45**

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, Domingo Quinto de Cuaresma, es el último antes de la Semana Santa. Todos esperamos con emoción estas fechas fundamentales para nuestra vida de cristianos. La Palabra de Dios nos quiere ayudar a prepararnos para celebrar y comprender el alcance de la Pascua.

Acabamos de escuchar el gran Evangelio de la resurrección de Lázaro, hermano de Marta y María, fieles amigos de Jesús. Este texto nos viene a decir que Dios, autor de la vida, ama la vida, por eso destruye la muerte.

Los hombres tememos la muerte. Huimos de la muerte. No sólo por ella, y por sus dolores y por la disolución progresiva del cuerpo. Sino por lo que ella significa de negación de la existencia, de separación a fondo, de final de la vida. El hombre no quiere morir. Porque ha sido creado por Dios, no para morir, sino para vivir, dice el salmo.

Y se que Dios, que es el autor de la vida, tampoco quiere la muerte. Ya nos lo decía la primera lectura, un fragmento de la visión del profeta Ezequiel de los huesos vivificados. Dios, por boca del profeta, lo dice así: "Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os haré salir de vuestros sepulcros... Os infundiré mi espíritu y viviréis".

Esta imagen de abrir los sepulcros nos sugiere una vida nueva. Una vida que no sólo tendrá lugar el último día, en la resurrección escatológica de que hablaba Marta en el evangelio. Esta vida nueva tiene lugar ya ahora, en el que tiene fe, en el que cree en Jesús. Quizás, hoy hay muchas personas a quienes la vida eterna no les parece algo deseable, por lo cual rechazan incluso la fe. Quieren la vida presente y buscan aplazar la muerte lo más posible. Pero eso no puede satisfacer al corazón humano, que necesita algo más fuerte que la muerte, necesita del amor de Cristo, que nos acompaña en esta vida y nos indica también el camino más allá de la muerte.

La Resurrección de Cristo es en el centro de nuestra fe. Sin embargo, con frecuencia, vemos la resurrección fuera de nuestro horizonte. ¿Qué puede significar, resucitar para la vida eterna? No tenemos que pensar en la eternidad como un continuo sucederse de días del calendario, sino como ese momento lleno de satisfacción en que nos encontraremos con quien más nos ama, aquel momento del sumergirse en el océano del Amor de Dios, en el cual el tiempo - el antes y el después- ya no existe.

De este encuentro nos habla el evangelio de la resurrección de Lázaro. En Lázaro podemos ver representada toda la humanidad, amada tiernamente por Jesús que se emociona y llora, demostrando lo mucho que la ama. La fuerza de la amistad de Jesús hacia Lázaro tiene un tono apasionado. Y es en este contexto de profunda amistad, que Jesús, delante de Lázaro muerto, realizará el signo fundamental de su misión: destruir la muerte con su propia muerte. Transformando la muerte en vida. Y así nos dice el Señor, "he venido para que tengan vida" (Jn 10,10). Y en el evangelio de hoy, "Yo soy la Resurrección y la Vida" (Jn 11,25).

San Juan no sólo nos quiere decir que Jesús resucitó Lázaro, sino, y eso es enorme, que los que creen en él están tan profundamente unidos a Jesús que ni la muerte los puede separar. "¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo? ... Estoy convencido de

que ni muerte, ni vida,... podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, señor nuestro", en palabras de san Pablo (Rm 8,35ss).

El creyente tiene ya la vida eterna aquí. No necesita llegar a la hora de su muerte. Santa Teresa del Niño Jesús decía: "No tendré nada más en el cielo de lo que tengo ya ahora. Sólo que ahora no lo veo, y entonces lo veré".

Jesús no le preguntó a Marta, si entendía esto. Le preguntó si lo creía. Jesús quería no sólo resucitar a su hermano sino también reanimar la fe vacilante de Marta. Ella, a pesar de la amistad y evangelización de Jesús, continuaba pensando con la mentalidad judía. Por eso le dijo a Jesús que, con su oración, si hubiera estado allí antes de que muriera Lázaro, su hermano no habría muerto. Pero de ninguna manera podía pensar que lo resucitara después de muerto.

Como Marta, todos tenemos que aprender en qué consiste realmente nuestra esperanza y crecer en la convicción de que nos viene del amor incondicional de Jesucristo. Nuestro corazón puede estar mal herido porque le falta energía, esperanza, deseo de luchar, de vivir; y entonces necesita resucitar.

Escuchando la Palabra, abriendo cada vez más nuestro corazón a Jesús, podremos oír el toque de las campanas de Pascua. De esta manera podremos dar a otros fe y esperanza y vivir para alcanzar la vida eterna.

Así lo entienden muchos jóvenes seminaristas que hoy en día se sienten atraídos por la causa de Jesús y entregan su vida por ella. Hoy, Día del Seminario, pidamos fervientemente al Señor que nos envíe pastores según su corazón.